

ese desierto que, en resumen no tiene límites.

Después de haber caminado durante tres cuartos de hora aproximadamente, van apareciendo ante nosotros y muy lejos unos fuegos en la semiobscuridad del moribundo día. Esas luminarias son demasiado brillantes para que indiquen un campamento árabe. . . . Y el cochero volviéndose hacia mí, señala con el dedo y dice:

—¡Chelal!

Chelal, es el nombre del villorrio que se alza á orillas del agua, donde ha de tomarse la barca para ir á Philæ. . . .

¡Qué horror! ¡Esas luces son de lámparas eléctricas! Chelal se compone de una estación, una fábrica con alta y humeante chimenea, y una docena de sórdidas tabernas que rezuman alcohol y sin las cuales la civilización europea no sabría implantarse decentemente en un país nuevo.

El embarcadero para ir á Philæ. Numerosas barcas están prestas á surcar el lago, pues los excursionistas, estimulados por más de un aviso, hace algunos años afluyen todos los inviernos cual dóciles rebaños. Y todas las embarcaciones, sin exceptuar una sola, están profusamente engalanadas con banderitas inglesas como si se tratara de correr regatas en el Támesis. ¡Vaya por los feriales adornos, ya que es preciso sopartarlos! . . . Y me embarco al son de nostálgico cantar nubio que los bateleros entonan á compás con los remos.

El cobrizo firmamento continúa tan impregnado de fría luz, que podemos distinguir perfectamente las cosas. El decorado circundante, de trágica grandeza, lo forma una hoya cuyos límites, trazados á modo de terrible anfiteatro, son las montañas del desierto.

En el fondo de ese inmenso circo de granito era por donde el Nilo serpenteaba en otros tiempos formando frescos is-

lotes, en los cuales el eterno verdor de las palmeras contrastaba con estas desoladas alturas erigidas en torno suyo, cual murallas. Hoy, por causa de la presa con que los ingleses han atajado el agua, ésta ha subido como lo haría una marea que no tuviese nunca reflujó; ese lago, que es casi un mar en pequeño, reemplaza las tortuosidades del río y ha terminado por tragarse á los islotes sagrados. El santuario de Isis—en el teso de un cerro cuajado de templos, de columnas y de estatuas que dominó durante milenarios,—surge aún, á medias anegado y solitario, en tanto se hunda completamente; lo que aparece allá lejos, es él, semeando escollo enorme, en esta hora en que la noche empieza á confundir todas las cosas.

En el Alto Egipto, y no en otra parte, las noches de invierno tienen esas transparencias de absoluto vacío, esos matices siniestros; á medida que la luz se va el cielo pasa del color cobrizo al bronceado, sin perder su brillo metálico; el cenit tórnase pardusco y aparenta una gigantesca rodela de bronce, mientras que el poniente conserva sus tonos de jalde y va palideciendo por grados hasta tener el color blanquecino del latón; sobre ese fondo, las montañas del desierto, cuyo color es el de tierra de siena quemada, aguzan sus cortantes perfiles. Esta noche nos azota con furia un viento glacial. Mecidos por la canción de los remeros, continuamos navegando con dificultad por el lago artificial—que una inglesa pared de fábrica sostiene como en el aire, invisible de lejos, pero que se adivina y nos escandaliza;—lago sacrílego, si es justa la frase, puesto que sepulta bajo sus turbias aguas memorantísimas ruinas, templos de dioses egipcios iglesias de los primeros siglos cristianos, estelas, inscripciones y emblemas. . . . Y estamos pasando por encima de esas cosas mientras la llovizna y las espumas